

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

Publicación decenal con Censura Eclesiástica

FRANQUEO
CONCERTADO

«Este precepto os doy: que os améis los unos á los otros como Yo os he amado.»

(Jesucristo á sus discípulos).

BASTIAN EL TAMBORILERO

Le conocí en uno de los días más apurados de mi vida parroquial.

El párroco del pueblo, del cual era yo vicario un año hacía, llamóme con un monaguillo la víspera de la fiesta del Rosario, y me dijo tristemente:

—Hace dos meses me comprometí con el cura de Peñascales para predicarle en la fiesta de mañana. Anteayer acompañamos á mi padre al campo santo. Ya ves si son estas circunstancias para cumplir el compromiso contraído. Si tú te atrevieras.

Sobresaltóseme el corazón; pero tomé la insinuación como un mandato.

—En este libro hallarás materia sobrada para tu sermón—añadió.—Dios y la Virgen premiarán el acto de caridad que haces conmigo.—Y me entregó un libejo.

En la puerta de la abadía me esperaba, con un machito muy traquilado y lustroso, el espolique que me había de acompañar á Peñascales.

Al salir del pueblo abrí el libejo: pero vaya un camino para lecturas el que comenzábamos de peñasco vivo y entre montañas angosturas.

El cura de Peñascales se deshizo en obsequios, aunque sintió un tantico el trastrueque del predicador.

Aquella noche la pasé en vela. El miedo en *crescendo* había entenebrecido mi entendimiento, alborotado mi fantasía y hasta entorpecido mi mano para escribir. Sólo dos cuartillas llené aquella noche. En la Misa del día siguiente me distraje cuanto no es decible. Los mayordomos me asediaron cuando salí de la Iglesia. Me escapé de ellos como pude; pero me rodeó una turba de chiquillos, pidiéndome estampas. Tuve testigos en el desayuno, y visita del alcalde después; y cuando me encerré en mi cuarto para continuar mi tarea, vino á aturdirme junto á la ventana el dulzainero con su chirimía. A poco porreaban la puerta los mayordomos de fiesta vestidos de capa magna, los cuales venían para acompañarme á la iglesia.

—Señores,—dije á los que me saludaron en la sacristía—necesito recogerme un poco.

Y temblando como un cascabel, y sintiendo en la caja del pecho los trompazos de mi sobresaltado corazón, entré en un cuartucho que me señalaron, sentéme y cerré los ojos para meditar mejor.

Absorto estaba poniendo en orden mis alborotadas elucubraciones, cuan-

do se me puso delante un viejo de faz risueña y boca desdentada, el cual sin más preámbulos que una sonrisa empezó á decir.

—Rezándole estaba aura mesmo á la Virgen, y he sintío una corazóná que me icía: Bastián, entráte al pedricador, y le ices qué estoy mu descontenta de este pueblo.

Sonreíme ante aquel embajador celestial de chaquetón y calzón corto, y él extrañado de mi extrañeza, prosiguió: —y vaya si tiene razón la Señora. Era yo zagal y como yo otros muchos que al presente ya están pudriendo tierra. Al clarear el alba de los domingos, mi padre que era mu enfeiz y mu honrao, llegábase á mi cama y me icía removiéndome pa tos laos:—Amos, Bastianico, al rosario que ya repican.—Saltaba yo de la cama palmotiando de gusto, y más vivo que un gorrión, en un “Jesús,” me vestía: cuando entre semana tardaba una hora más que menos. Dimpués michaba al hombro el tambor que había de tocar mi padre, y alumbrándonos por la escalera con el candil, nos íbamos pa la ilesia. En la plaza se voltiaba mi padre por el hombro la correa del tambor, y con un redoble larguico acudía la gente.

¿Oyó usted por la mañana una bandá de pájaros en un soto cantando á la vez? Pos más que los pájaros gorgeaba mi padre y la veintena de madrugadores al cantale á la Virgen. Yo, que era un piturrico mu espabilao, canturriaba por alto, sin cansame, como los curubines, con un ton de voz entre canario y cardelina.

Al remate de la calle del Horno seguía la vega, y dimpués el campo y el monte con sus olivares al pie y sus peñascos en lo más alto.

A las veces, po encima de la sierra y como clavao en la meta del cielo, se vía el lucero del alba, chispiando sin parar, como una piedra de fuego golpiada por el sacalumbres. Al verla tan majá y reluciente escomenzaba el canto mi padre y los demás, y yo con ellos:

¿Quién es esa que al par de la aurora
En trono difunde gloria y resplandor?
Es María, la Reina y Señora
De todas las obras del Sumo Hacedor

Por las puertas rosás del Oriente
Se asoma la aurora con rostro gentil,
Y la aplauden dulcísicamente,
Batiendo sus alas,avecillas mil.

Cuando cantábamos estas dos coplas en la misma calle, no sé por qué, nos encarábanos pancia el monte, que estaba mu renegreicio; pero al amanecer del cielo semejaba una rosa de Mayo.

Pa mí, que la Virgen estaba etrás de aquel visillo recertao, y alelá de oirnos. Tan y mientras que corriamos el pueblo, asomaban su cabecita los crios y las viejas los candiles. Y mal ripique que le dabamos al único diablo viviente entonces en el lugar, y que tenía su cubu en la calleja de la Esparrera.

Oiga usted la copla:

El diablo, como es tan astuto,
arrancó una piedra y rompió un farol.

Y le vieron los frailes franciscos

y le acogotaron contra un arbellón.

¡Pero lo que se mudan los tiempos! El tío Rubín, el diablo del pueblo, escomenzó por la taberna á mermurar contra el Rosario, y luego contra el señor Cara, contra la Virgen y contra Dios. Un preyódico que le venía me paice que de los infielinos, corría a las calladas de mano en mano entre otros bordes como Rubín, y atuego llegaron un fajo de ellos que trastornaron á muchos el sentío.

En fin, que con chucufletas y mermuraciones acabaron con el Rosario de la Aurora.

Los viejos se iban muriendo, más de pena que por los años, y aquí quedé yo pa contar tantas desdichas, pa contarse á usted y pa merirme luego de rabia y de vergüenza. Por Dios y por la Virgen del Rosario,—prosiguió entre sollozos y suspiros—hable usted fuerte de esos trabajos en la pedricadera. Digales que cuando éramos güenos, cuando nos despertábamos como los pájaros cantando a la Virgen, nos lucía el pelo en el alma y en el cuerpo, en el pueblo y en la vega, en el monte y hasta en los avechucos del corral; que aura se nos mueren las reses con la *sopera* (como aura le icen al mal de pezuña); el monte se clarea como cabeza con tña; la fruta nace ya con su gusano, el trigo rubinoso y escolorío, y el garbanzo se quea como confite de mepatía y con su gorgojo drento; y hasta las patatas, el pan del probe, salen menúas, fofas y aguachinás. Los muchachos sin crianza y sin saber la doctrina; y las zagatas bailan agarrás y las que olían enantes á albahaca y malvarrosa, apestan á señorita y á mejunje de hospital. ¡Pos lo que queda de las fiestas del Rosario! Cuatro triquitraques y algunos volaores, mucha gente en el baile de la velá, y cuatro viejas en la ilesia. Las solfas de la Misa se pueden bailar por lo alegre de los piporrazos; y las sonatas de la plaza que icen que son piazos de comedia tan lloronas y entristecias que pudieran servir pa “Requien,” y el “Prefun-

dis., Y me pregunto á veces ¿qué ventano del infierno se habrá abierto, que no hay vendaval tan soliviantau que más nos corrompa la salud del cuerpo y la alegría del alma? Enantes te morirías de viejo, con más rejo que Goliá ú que Sansón, aura á los muchachos casaderos les entra una pesaumbre y toman un color amembrillao, como los mismos defuntos; á los ocho dias tosen, al mes se clarean con las escupitinas de sangre, y á poco más, pingan pata y al campo santo pa flemo de las malvas y las ortigas.

Es que el mundo ha envejecio—ice el físico del pueblo—pero yo me atengo al dicho del señor Cura que ice,—tan y mientras que no busquéis á Dios (ó á la Virgen, que pal caso es lo mismo) no esperéis que os vengan del Cielo las añadiuras. Si esperáis lluvia, os lloverán piedras como un puño, si viento fagüefio pa orear las mieses, vendrá el vendaval y os las enreará como greña despeinada, y si pidís salú, os quedaréis como el Santo Jo, lleno de matauras desde el talón hasta el remolino de la cabeza.

Tenía razón el viejo y se la dí emocionado, mas un abrazo con toda el alma.

Estaban cantando el Evangelio. Trae el aviso un sacristán, seguile medio turulato y sin conciencia de lo que iba á hacer. Una breve oración que recé ante el altar mayor y el pensar que tío Bastián me había trazado el plan de mi discurso, me serenó hasta cierto punto. Lástima grande que no pudiese llevar á la cátedra sagrada el lenguaje caritativo al par que enérgico de aquel anciano, pare deleitar, convencer y mover á los descuidados vecinos de Peñascales. Como pude les endilgué por sermón la perorata del tío Bastián, y antes de concluir dije al no muy numeroso concurso que me escuchaba:

—Mañana antes del alba tocarán al rosario, Yo acudiré, como espero que haréis vosotros. Es preciso que esa vega resuene, como en otro tiempo, con vuestros cánticos á la Reina de los cielos. Hombres de Peñascales, mañana os necesito, complacedme una sola vez. Si al recorrer esas calles no sentís el entusiasmo hijo de nuestra fe cristiana, no forméis ya más parte en el escuadrón de los soldados de María; mas si como espero renace en vosotros el fervor que vivió en el pecho de vuestros padres por largos años, perseverad en vuestro amor á María.

La Virgen triunfó en toda la línea. El pueblo correspondió con entusiasmo á mi invitación. Los hombres en largas filas acompañaron á la Virgen del Rosario cantándole las coplas de la Aurora. El femenino sexo contempló desde los balcones y ventanas el paso de la procesión matutina. Bastián redoblaba, cantaba... y lloraba.

II

Dos años han pasado, y el Rosario, aunque menos concurrido que el día del triunfo de la Virgen, sigue avante y mejorando. Tío Bastián acompaña las coplas de la Aurora con el tambor de su padre. Han tenido cosechas regulares, y más paz en el pueblo. El ánimo de los buenos de Peñascales ha hecho replegar hacia la taberna á los maldicientes. Muchos atribuyen tanto

bien á favor de la Virgen y con ellos el tío Bastián y el señor Cura de Peñascales que sigue repitiendo: Tan y mientras que no busquéis á Dios (ó á la Virgen, que pal caso es lo mismo) no esperéis que os vengan del cielo las añadiuras.

Angel Verdemar.

En las bodas de oro sacerdotales de Su Santidad el Papa Pio X.

TU, ES PETRUS

Tú, el hijo del mar indómito,
siempre en lucha con los vientos,
por sus alas azotado
ó amagado de sus retos,
que sólo del mar esperas,
ya con llanto, ya con miedo,
en la pesca cotidiana
el cotidiano sustento;
sin mas hogar que tu barco,
ni mas descanso que el remo,
ni riquezas que las redes,
y los rotos aparejos,
con la vejez á la vista,
cuando más lejos el puerto
y más cerca los naufragios,
al fin te hallé; *Tu eres Pedro.*

Y sobre esta piedra firme,
sobre este inmovil cimiento
edificaré mi Iglesia,
enemiga del Averno.
Será en vano que el Precito
revuelva mares soberbios,
remontando sus espumas
á las estrellas del cielo;
y que las hondas, abriéndose,
muestren el abismo negro;
y que arme de rayos cárdenos
nubarrones cenicientos;
y que demande á los hombres
con tentaciones de reinos,
y ponga en sus manos ira
y en sus labios el veneno;
y venga contra mi Iglesia
agitando el mundo entero;
pues no podrán con mi Esposa
los poderes del infierno.
Yo la guardo, y tú la riges;
yo soy su luz, tú su cetro;
yo victoria, tú batalla;
yo firmeza, tú denuedo.

La sangre de mi costado
irá en tus labios cayendo
como una fuente, que tiene
siempre hermoso y verde el huerto;
y después que tú la bebas,
aún más quedará en el pecho
para que tú la repartas,
como vida á tus corderos.
Lo que atares en la tierra,
atado será en el cielo,
y las cadenas que rompas,
rotas serán en lo eterno.
Y así por los siglos todos,
mientras que perdure el tiempo,
tú irás renaciendo vivo
de las cenizas del muerto;
que yo soy la luz del mundo
y no me eclipse, ni miento,
y tú el faro en donde brillo,
pues soy Cristo, *y tu eres Pedro.*

Francisco Jiménez Campaña.

(De las Escuelas Pías).

«El Amigo del Pobre» en Zaragoza.

Aprovechándonos del ofrecimiento que nos hizo nuestro muy querido amigo D. Ignacio Soto Martín, (Presidente de la «Adoración Nocturna» de esta villa) con motivo de su viaje á la inmortal ciudad para asistir á la grandiosa *Vigilia nacional*, hemos remitido á Zaragoza 500 números de «El Amigo del Pobre» que fueron repartidos por la calle el día de la inauguración de la Asamblea de la Buena Prensa.

Sabemos que allí, donde tenemos no pocos suscriptores, se ha visto con agrado la propaganda de nuestro periódico.

CHARLA

—¡Hola, mi señora doña Claudia! V. siempre tan hacendosa, ¿eh?

—Sí, señor, que el trabajar es virtud y la ociosidad es madre de todos los vicios.

—Muy bien hablado. Ignoraba que V. vivía en este barrio, pero llegué á figurármelo cuando observé esta casita tan limpia y ordenada y aquel cuadro de la Sagrada Familia que siempre vi en su casa.

—El rige y gobierna aquí, por eso no tenía mas remedio que suceder lo que sucedió.

—¿Qué sucedió, mi señora doña Claudia?... si se puede saber.

—Que mi marido dió mucha vuelta, pero muchísima. Si V. le viera ya no le conocería.

—¿Ya no es borracho?

—Quíá.

—¿Ni pendenciero?

—No, señor.

—¿Ni juega?

—Nada mas que con nuestro Pepito.

—Y de... ideas. ¿las sigue teniendo avanzadas?

—Es un buen cristiano.

—Cuánto me alegro, mujer, porque V. siempre tan buena no se merecía *aquello*.

—La Virgen Santísima escuchó mis súplicas.

—Su paciencia en las adversidades, su buen humor hasta para con Andrés, en sus momentos mas difíciles y luego esa laboriosidad y arte que le distinguió siempre á V. en el arreglo de este hogar que atrae, no podían por menos de darle á V. la victoria. *La mujer fiel ganará á su marido infiel.* Hubiérale tocado á Andrés una mujer poco sufrida, murmuradora, holgazana y entonces...

—Una familia perdida por completo.

—Dice bien.

—No hay que esperarlo todo del Cielo, es necesario ayudar en lo que esté de nuestra parte. *Dios dijo, ayúdame y ayudaréte.* Yo me empeñé en hacer de Andrés un buen hombre y con rezos y buenos comportamientos por mi parte lo conseguí. Pero pase V. un momentito y verá nuestra nueva casa.

—¡Con mucho gusto! ¡Qué salita tan bien puesta!

—Bien puesta no, limpia.

—¡Cómo brilla la espetera y qué bien huele el guisote.

—Las especis, a señor, no otra cosa.

—Ya, ya se que V. lo entiende.... ¡Calla, también huerto?

—Si, señor, ahí pasa los ratos que tiene libres mi Andrés; cuándo trabajando la tierra cuándo jugando con Pepito.

—¿Dónde está Pepito?

—En la escuela; no se la perdono nunca.

—Hace V. muy requetebien. El se lo agradecerá mas adelante.

—¿También gallinas?

—Si señor, para celebrar alguna que otra fiesta.

—¿Verdad, mi señora doña Claudia que es mucha felicidad la de un matrimonio que se lleve bien y cumpla la ley de Dios?

—Si, señor, si es mucha verdad. Mire V. hoy, con la vida ordenada que hacemos y no procurando meternos en mas gastos que los que permite el jornal de Andrés, lo pasamos tan ricamente. ¡Si hasta tenemos algunos cuartitos en el Monte de Piedad! ¿Qué le parece?

—¿Cuánto gana ahora Andrés?

—Diez y ocho reales diarios, lo mismo que antes cuando estábamos empeñadísimos y pasándolo, mal. ¡Lo que hacen los vicios!

—Tiene V. razón. No todas las miserias que se ven en las clases trabajadoras son por escasez de jornal sino por sobra de vicios. Ahora que también, si diez y ocho reales no son mucho para los tiempos que corremos, libres como Vs. están de la mucha familia y de enfermedades, ayudan no poco á sus propósitos. Dios les siga protegiendo á Vds.

—Gracias, mil gracias y á V. también. Y dígame, aquel otro señor que nos visitaba con V. cuando andábamos tan mal ¿qué fué de él?

—El pobre está pasando por muchas contrariedades. Es rico, ya V. ve y no es feliz. Dios suele prodigar mas la felicidad entre los pobres que entre los ricos.

—Si, señor. Parece como si nos dijera «ó dinero ó felicidad, escoge.»

Pues créame, que siento en el alma las tristezas de su amigo: ¡Tenia siempre cada palabra de consuelo para mí!...

—Y aun hoy las tiene para con los demás. Yo creo que lo que menos le preocupa son sus propios padecimientos, dedicándose á remediar los del prójimo, pues sigue constante en la brecha.

—Y V. ¿no ha de venir otro día por aquí á ver á mi Andrés y á mi Pepito? Ya verá qué de cosas le cuenta mi marido, de los socialistas y de los papeles de noticias; que yo no entiendo de eso.

—Vendré el domingo, Dios mediante, con mucho gusto.

—¿Sí? Pues le esperamos.

Los palacios de los frailes

Te has enterado, Juan, de que los jesuitas y demás Religiosos tienen grandes y riquísimos colegios? Yo entiendo que eso es una manifiesta provocación para el mísero obrero, que no dispone de una miserable buhardilla donde haga descansar sus huesos molidos por el trabajo.

—Así lo dices tú, amigo Carraño; pero si los frailes tienen sus colegios

y conventos, ¿qué tiene ello de particular?

—¡Siempre serás un obscurantista, un retrógrado, un...!

—En este caso quizá seas tú el obscurantista, en renegar de los colegios de enseñanza y de los Religiosos que viven y enseñan en tales edificios.

—Sí, pero ¿á qué viene el lujo de esas casas-colegios que, construídos á manera de palacios, parece están insultando de continuo la miseria del pobre?

—Nada de eso, amigo Carraño. ¿Te parece si sería propio de los jesuitas y demás Religiosos que, con los niños que vivea y se educan en sus colegios, hubie en de dormir y morar en las calles ó en medio de los campos; ó que hubiesen de tener las clases y gabinetes de física é historia natural en un pajar ó establo? La conveniente distribución de los escolares en distintas secciones y la higiene de los mismos, ¿no exige, acaso, amplísimo local? Si las familias que visitan y frecuentan tales establecimientos de enseñanza no viesen que los edificios tienen las condiciones higiénicas que se requieren, tacharían de egoistas, de retrógrados y hasta de avaros á los Religiosos que los habitan y dirían además que poco se les da de la salud de los niños, y que son muy retrasados en no saber ponerse á la altura de lo que piden los tiempos modernos.

—Contigo no puedo yo discutir, porque tienes más palabras que un breviario.

—Si no es eso, hombre del Señor. Porque si tanto envidias la suerte de los Religiosos, ¿por qué no te haces fraile ó jesuita? Y si los Religiosos son tan ricos como dicen sus perseguidores, entren éstos en un convento para disfrutar de tantas riquezas y gozar de lo que gozan los frailes y habitar las casas que ellos habitan. Aún más: los Religiosos ó eran ricos ó pobres antes de entrar en Religión. Si eran ricos, tenían más comodidades en su casa que en el convento, y si pertenecían á los hijos del pueblo, ¿por qué esos enemigos de los frailes, que pomposamente se llaman amigos del pueblo, llevan tan á mal que los pobres gocen de las riquezas del convento?

—Bien digo yo que contigo no se puede disputar.

—Pues, hasta otro día, amigo, y un poquito más de lógica, ¿eh?

B. ABELLA.

El tomillo y la tos ferina.

El doctor S. B. Johnson, señala en quince días, por término medio, la curación de la coqueluche por el tomillo. Dice que las ventajas de este procedimiento son considerables, habiendo obtenido resultados sumamente satisfactorios en una epidemia de esta enfermedad. Su fórmula favorita es como sigue:

Tomillo, 100 gramos.

Agua, 700 gramos.

Hágase una infusión y añádase 50 gramos de agua de malvavisco. Se toman de ocho á doce cucharadas grandes de sopa al día según la edad, de esa sencilla infusión.

EL "DOMINE, NON SUN DIGNUS," DEL SARGENTO

Sucedió en el hospital de Ancenis el año 1855, época en que el hospital estaba á cargo de las Hermanas de la Sabiduría.

«Teníamos entonces, cuenta una de ellas, en la sala de los militares, un viejo sargento que, á fuerza de actos de verdadero heroísmo, había ganado la cruz de honor en Africa. Era uno de esos tipos antiguos del soldado, curtido moral y físicamente en los campos de batalla; cuyo aspecto da idea de lo que es la vida militar en los que tiene de más rudo y de más terrible. Condecorado no sé cuántas veces, y reenganchado otras tantas, iba á tomar su retiro cuando la enfermedad nos lo trajo. Sufría mucho y juraba en proporción á lo que sufría.

Una mañana viendo que su enfermedad iba de mal en peor, me acerqué á hablarle de confesión.

—¡Ah! exclamó apenas hubo yo pronunciado la primera palabra. ¿Confesarme, Hermana? Me habláis de una cosa que no tiene nada de fácil... ¡Diablo! ¿Sabéis que no me he confesado desde que recibí la primera Comunión. y que desde entonces acá hay un buen trozo de camino?

—¡Bah! le contesté. Eso no importa nada. ¡Ea! Si queréis iré yo misma á avisar al capellán.

—Vamos, siempre ha de ser lo que vos queréis, me replicó convencido; no hay medio de regaros nada.

El capellán vino y fué bien recibido, tanto que el sargento, encantado de haber salido tan fácilmente del paso, le dijo:

—Volved mañana, Padre, si os es posible, porque á mí me gusta hacer las cosas en regla.

El capellán no sólo volvió el día inmediato sino que fué nueve días seguidos; su penitente nunca estaba satisfecho, creía no habérselo dicho todo y no quería recibir, sin confesarlo todo, la absolución.

Por fin llegó el día en que había de recibir la Comunión como Viático.

La sala estaba engalanada según costumbre; los soldados de uniforme en dos filas, desde la puerta hasta el lecho del enfermo: las Hermanas con velas encendidas seguían al sacerdote.

En cuanto el sargento vió aparecer al sacerdote, se incorporó con un supremo esfuerzo, y fijando su vista en el Santísimo, exclamó con voz fuerte:

—¡Cómo, Señor! ¡Es posible! ¡Y sois Vos e que os dignáis venir á un canalla como yo!

Y á la vez que pronunciaba estas palabras; las lágrimas corrían por sus mejillas, y sus manos se juntaban por un impulso de su amor.

Nadie sonrió al oírlo; tal era la emoción, la humildad y alegría que revelaban sus palabras.

Más de una vez he recordado el *Diminon sun dimus*, del buen sargento, que murió tres días después gozoso y lleno de esperanza.

De La Sagrada Familia

Creyentes é incrédulos

Uno de los pretextos invocados por los librepensadores para sostener que la fe es opuesta á la razón y á la ciencia, es el gran número de sabios incrédulos que se encuentra.

Pero según hace constar el abate Weterle en el *Journal de Colmar*, los hechos prueban que el número de sabios creyentes desde hace cuatrocientos años es mucho mayor que el de los librepensadores.

Un alemán el doctor Deunert, ha publicado acerca de esto una curiosa estadística, en la que se resumen las opiniones religiosas de los 300 sabios más ilustres en las ciencias naturales durante los cuatro últimos siglos.

En los siglos XVI y XVII cita 82 sabios, de los cuales 79 eran creyentes y tres incrédulos; en el siglo XIX, el doctor Deunert señala 163 sabios, de los cuales 121 eran creyentes, 12 incrédulos y 27 no tenían opiniones filosóficas ó religiosas bien conocidas.

En resumen, de estos 300 sabios, 242 fueron creyentes, y sólo 20 irreligiosos. Los 38 restantes no pueden agregarse á ninguno de los dos campos.

La proporción entre creyentes é incrédulos es, por lo tanto, de 242 á 20, ó sea de 12 á 1. Véase cuán sin razón quieran los librepensadores divorciar la sabiduría de la creencia religiosa.

Señal inequívoca

Ya lo dijo un moderno escritor muy notable. ¿Sabéis cuál es en este siglo la señal del cristiano? El periódico. Tal es cada uno como es el periódico que lee asiduamente. ¿Son los periódicos católicos vuestra lectura diaria, es la Prensa católica vuestra Prensa, la Prensa que amáis, la que favorecéis, la que propagáis? Si así es, no hacen falta más pruebas: sois cristianos, sois buenos cristianos, amáis á Cristo, servís á Cristo, tenéis la fe de Cristo que profesasteis en el bautismo. Por el contrario, ¿venenáis todos los días vuestra alma con el virus ponzoñosísimo de los periódicos impíos, sostenéis con vuestra lectura y cooperación esas infernales máquinas de guerra, que sin cesar están batiendo furiosamente los muros benditísimos de la santa ciudad de Dios; alimentáis con vuestra hacienda á los malvados satélites de Lucifer que todos los días desgarran con sus manos sacrílegas las entrañas piadosísimas de vuestra Madre la Iglesia; extendéis y propagáis tal vez vosotros mismos esa horrible lepra que está haciendo perecer á tantos hermanos vuestros? ¡Desventurados! Si tal hacéis, ¿cómo podréis deciros que sois cristianos? ¡Cristianos y oís con indiferencia que se blasfeme de Cristo! ¡Siervos de Cristo, y cooperáis á destruir su reinado! ¡Amadores de Cristo, y ponéis en las manos de los sayones los látigos para flagelarte, y entregáis á los verdugos los clavos para crucificarle!...

Sección Recreativa

AGUDEZA

- En el regimiento.
- Un oficial pregunta á un recluta:
- ¿Qué oficio tiene usted?
- Soy cocinero.
- Pues le destinaremos á la música
- ¿A la música?

—Si, para que se encargue usted de los platos.

EPIGRAMA

Porque tenía razón quería el pobre Narciso que se la diese Simón, y éste dársela no quiso.

—A usted nunca le daré la razón.—¿Y por qué no?

—Porque, si la tiene usted, ¿como he de dársela yo?

A. R.

BATURRADA

—¿De qué murió tu marido?

—Dicen que de la gota

—Entonces casi de lo mismo que el mío, que murió del trago.

CURIOSAS Y ÚTILES

Modo de conocer los huevos frescos.—Cuando queráis aseguráros acerca de la frescura de un huevo, colocadlo dentro de un recipiente que contenga agua. Dentro del huevo, y en su extremo más ancho, existe un pequeño espacio lleno de aire, que va haciéndose mayor á medida que el huevo envejece. El huevo perfectamente fresco flotará horizontalmente sobre el agua. Si tiene dos ó tres días de edad, flotará formando un ángulo de 20 grados; si tiene ocho días, la inclinación será de 45 grados; si quince días, 65 grados, y si la edad del huevo pasa de los veintidós días, flotará perpendicularmente sobre el extremo más ancho.

CONTRA LAS MOSCAS

Para alejar las moscas de una habitación, se coloca en un platillo un trozo de alcanfor y se le prende fuego. El humo que despiden el alcanfor hace que abandone la habitación tan molestos insectos.

CUENTO ARITMÉTICO

Tras 1 can iba 1 la 0,

y en pos de él 5 pillas 3

1 zapatero, 2 sas 3,

1 chañán y 1 carni 0.

Cuando los 11 cansa 2,

estimaron oport 1

pararse, preguntó 1

ue lo más determina 2

—Antes que de aquí pa 6,

ya que no somos de br 11,

¿por qué corremos los 11?

Y otro dijo,—No abu 6,

que aquí no hay tonto ning 1,

—¿Pues por qué corréis?—Par 10!

—Ning 1 corra, re 10

Pa matarie basta 1.

NOTICIAS Y COMENTARIOS

Una federación católica.—Son varios los periódicos que conceden gran importancia á la reunión celebrada en Boston por la Federación de las Sociedades católicas de los Estados Unidos.

La Federación cuenta con más de tres millones de asociados y en el Congreso á que nos referimos se han adoptado trascendentales acuerdos contra el divorcio, contra el trabajo excesivo de los niños, contra la literatura pornográfica y contra la corrupción política,

Enseñanza católica en los E. E. U.—El rector de la Universidad católica de Washington ha declarado que las escuelas católicas de primera enseñanza de los Estados Unidos cuestan de 15 á 20 millones de dollars por año y que la población escolar alcanza la cifra de 1.200.000 niños.

Muchos son los datos que hay para esperar inmensos progresos del catolicismo en la gran República Norteamericana.

Un fenómeno que es todo un síntoma.—En el 8º Congreso nacional socialista celebrado estos días en Madrid ha declarado Pablo Iglesias que de 144 corporaciones han desaparecido en el término de tres años veinticinco. Novedad que debe halagar á los católicos y que obedece al movimiento social bastante pronunciado desde poco hace en el campo católico.

También los obreros explotados deben felicitarse y no tardará mucho tiempo, si los católicos cumplen sus deberes, en que se declare la desbandada en el campo socialista.

BIBLIOGRAFIA

«La Sociedad General Azucarera de España—Región del Noroeste.» nos ha remitido el siguiente folleto, que agradecemos:

«El azúcar y los productos azucarados como alimento de los hombres y de los animales. Notas por Manuel Troyano.»

El folleto expone de una manera clara y satisfactoria la importancia del azúcar como alimento de primer orden, indispensable para todos por introducir en el organismo (fuera de abusos) corrientes de fuerza vigorizadora.

Dice que la propaganda del azúcar que en este sentido se hace actualmente en Europa, es enorme, siendo España una de las naciones que menos consume.

Considera en varios capítulos el azúcar como alimento. Como fuente de energía, debiendo recomendarse con toda confianza, puesto que sus efectos beneficiosos (sin abusos) saltan luego á la vista.

Por último, presenta algunas objeciones sobre el empleo del azúcar, rebatiéndolas de un modo acabado, y termina dicho importante folleto con unos diálogos instructivos dignos de tenerse en cuenta.

Tal es la utilidad de este librito que merece popularizarse.

Correspondencia Administrativa

Sr. D. C. F.—Pola de Siero.—Pagada su suscripción hasta fin de Julio último.

Sr. D. L. M.—Manileu—Barcelona.—Pagada su suscripción hasta fin de Marzo de 1909. Mil gracias por su propaganda.

Obras teatrales

muy apropiado para Sociedades Recreativas. **El Señorito.** Juguete en un acto. Precio una peseta.

«**Jauja**» Juguete cómico—lírico—filosófico—social.—Una peseta.

Mitin Socialista.—Episodio de actualidad.—Una peseta.

(De venta en esta administración.) Certificadas, 0'25 de pta. mas. También tenemos colecciones de «El Amigo del Pobre», años 1906 y 7, al precio de 2 pesetas colección, sin certificar.